



# Sermón Dominical

REV. JAVIER ULLOA CASTELLANOS

DOMINGO 19 DE JULIO 2026

## HACIA LA META CON ESPERANZA CUANDO LA VIDA PESA: ESPERANZA Y COMUNIÓN EN JESÚS LUCAS 8:40-56

“Padre nuestro, tú que conoces lo más íntimo de nuestro corazón, podrás descubrir lo que traemos hoy delante de ti. Te pedimos esta mañana que atiendas con tu gracia a nuestra mente cansada y a nuestras emociones confundidas. Tú ves el peso que quizá traemos escondido: eso que no nos atrevemos a decir por su nombre, la tristeza que se disfraza de sonrisa, el enojo que nace del cansancio. Te pedimos que, mientras escuchamos tu Palabra, nos permitas ser honestos contigo y con nosotros mismos; que tu Espíritu abra espacio para la verdad y para la esperanza. Tómanos de la mano, como Jesús tomó a la hija de Jairo y a la mujer enferma, y acompáñanos para asumir la salud que tú nos ofreces y que tanto necesitamos. En el nombre de Jesús. Amén”.

Vivimos en un tiempo en el que hablar de salud emocional ya no es un lujo, sino una urgencia. En nuestras ciudades, en nuestras colonias, en nuestro país, y también en nuestras iglesias, hay personas que están funcionando hacia afuera, pero quebradas por dentro: padres y madres llenos de preocupación, jóvenes atrapados por la ansiedad, adultos mayores que cargan silencios muy largos, niños y niñas que claman por ternura y escucha. La velocidad de la vida, las presiones económicas, las redes sociales y las heridas familiares han creado corazones agotados, mentes saturadas y emociones que a veces sentimos fuera de control.

Creo que a las iglesias nos ha costado aprender el lenguaje de la tristeza y de la angustia. A veces

hemos reducido todo a “falta de fe” o a “échale ganas”, y sin querer hemos dejado solos y solas a quienes más necesitan compañía. Esta ciudad nos absorbe y nos apresa en el caos del tumulto y del anonimato. Sin embargo, cuando abrimos el Evangelio, descubrimos que Jesús no tuvo miedo de entrar en casas llenas de llanto, de tocar cuerpos marcados por años de dolor, de mirar a los ojos a personas que vivían al borde de la desesperanza. Él había venido a sanar y salvar los que estaba perdido. En eso empeñó su vida y no fue en vano.

Era la tarde en la ciudad: las calles atestadas, el rumor de la gente, el agotamiento de quienes corren de un lado a otro. En medio de ese ruido, un padre llega a Jesús con los ojos encendidos en angustia: su hija está moribunda. Al mismo tiempo, una mujer marcada por años de sufrimiento físico y exclusión se mezcla entre la multitud, tocando el borde del manto de Jesús con la esperanza secreta de sanar. Dos historias que se entrelazan: una urgencia desesperada y un sufrimiento prolongado. Ambas tocan la vida de Jesús y son tocadas por él. Cómo el peso del miedo, la ansiedad y la exclusión entran en la historia humana y cómo la gracia de Dios se hace práctica, personal y comunitaria.

Queremos dejar que la historia nos hable en tres direcciones: cómo Jesús despierta una esperanza real en medio de la angustia, cómo nos enseña a reconocer nuestros límites sin culpa, y cómo nos invita a construir una comunidad que acompaña y

sana. Que mientras escuchamos, cada uno pueda encontrar un lugar en este relato: tal vez como Jairo, tal vez como la mujer, tal vez como alguien de la multitud que necesita aprender a ver, confiar y dejarse abrazar por la acción sanadora de Jesús, pero también a estar dispuestos a abrazar el sufrimiento de otros y otras.

### **ESPERANZA QUE ACTUA (v. 40-42a; 49).**

Jesús había vuelto de Gadara en la ribera opuesta a Galilea, donde tiene una experiencia extraordinaria y a la vez desconcertante con la sanidad de un hombre que había tocado el más profundo fondo físico, espiritual, emocional y social. Un hombre que no podía acabar con el sistema que lo oprimía, pero al que Jesús le enseñó a impedir que el sistema ya no entrara jamás a su cuerpo. Tan pronto toco tierra, la multitud de personas ya lo estaban esperando con gozo y expectación. Entre el gentío se abre paso este hombre llamado Jairo, líder de la sinagoga, rompe el protocolo social por la desesperación de su hija única de doce años que se encontraba gravemente enferma. Su fe no es perfecta; corre a Jesús, suplica y lo busca en medio de la multitud ¿Un líder de la sinagoga buscando al Jesús rechazado y amenazado por sus mismos compañeros? Eso ya no importa, porque cuando la urgencia corroe la vida, personal o de quienes amamos, lo demás queda en un segundo plano. Ni el orgullo, ni el prestigio, ni el odio sanan. Cuando recibe la noticia de que: “tu hija ha muerto”, Jesús responde: “No temas; cree solamente, y será salva” (v.50). La misión de Jesús trasciende jerarquías sociales. La historia de Jairo es interrumpida, porque entre la multitud una mujer que padecía de flujo de sangre ilustra otra faceta (v.43-48): su acercamiento es silencioso pero activo; invierte su última esperanza, porque su poco o mucho dinero ya lo había invertido infructuosamente en médicos, con tal de tocar el borde del manto de Jesús. Él no le reprocha su audacia, ni le importa la desaprobación social, ni las leyes de pureza e impureza; la reconoce y la declara restaurada. Jairo corre; la mujer se acerca en secreto. La fe se expresa en el gesto concreto de buscar a Jesús. La esperanza cristiana nace en la acción, pequeña o grande, pública y privada, pero acción al fin.

La salud emocional se ve profundamente afectada por la ausencia o fragilidad de la esperanza. La esperanza bíblica no es mero optimismo; es confianza puesta en la persona de Cristo que se mueve hacia las y los heridos. Jairo encarna la urgencia de quien enfrenta la pérdida y la ansiedad intensa; la mujer representa la carga crónica: la ansiedad prolongada, o las pruebas que drenan la vida. En ambos casos, la fe que busca a Jesús implica movimiento: llamar, acercarse, tocar. La vida interior necesita una esperanza que se convierte en algo concreto, y en la Biblia encontramos a un Dios que se hace accesible y responde al gesto humano de confiar; la sanación emocional comienza cuando la persona reconoce que es tomada en serio por Dios que ama y da todo por ello, pero también que es tomado en serio por otros.

Como comunidad de fe, debemos proclamar que el Evangelio anuncia esperanza real para quienes sufren cargas emocionales. Esto no promete soluciones instantáneas, pero afirma que el dolor no es lo último, sino que lo último está en Aquel que dijo: Vengan a mí los que están trabajados y cansados, que yo los haré descansar” (Mt.11:28). Hay que acompañar la urgencia. Cuando alguien llega como Jairo, la iglesia debe responder con presencia, oración y gestión oportuna. La ansiedad aguda requiere atención rápida y compasiva con la dirección del Espíritu Santo. Hay que fomentar actos de esperanza que permitan a los hermanos y hermanas, como a la gente en general moverse de lo abstracto a lo tangible.

### **REALIDADES QUE SE ASUMEN (8:49-55)**

Cuando llega la noticia de la muerte de la pequeña hija de Jairo, la respuesta de Jesús: “No temas; cree solamente”, no minimiza la gravedad del hecho. Jesús entra en la casa, toma de la mano a la niña y le dice “talita cumi”: “niña, a ti te digo: levántate” (v.54-55). Lucas deja la expresión en arameo para subrayar la intimidad de la palabra vivificante de Jesús: no es solo un mandamiento, sino una invocación personal (niña, por tu nombre, levántate). No hay arrogancia en su palabra: es acción pastoral que toma en serio la condición humana.

La salud emocional implicará a menudo límites: límites en lo que la comunidad puede hacer, límites en el tiempo, límites en las fuerzas, límites el entendimiento humano. La realidad nos impele, nos conmueve, nos hace reconocer nuestra pequeñez. Pablo decía: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2ª Co. 12:9). No afirmamos una fe que promete control total sobre la experiencia humana, ni culpabilizamos al hermano o hermana por seguir luchando. “Mi poder se perfecciona en la debilidad”. Jesús actúa con poder, sí, pero también con tacto y discreción. Aceptar límites quiere decir: recibir el misterio del sufrimiento y reconocer que lo que podemos hacer lo realizamos en el nombre de Cristo que nos fortalece. Job se preguntaba: ¿Por qué se da luz al hombre que está en miseria? Y después de su larga lucha, puede afirmar: “Yo sé que mi redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo” (3:20;19:25).

### **COMUNIÓN QUE SANA (8:40-56).**

En esta historia, la restauración no ocurre en aislamiento. La multitud, la familia, los discípulos presentes, la mujer que testifica públicamente: todos forman el contexto de la sanación. Jesús demanda fe, pero también muestra que la sanidad se realiza en comunión: la niña se levanta ante la mirada de sus padres y de quienes la rodean. La mujer debe declarar su acto; su inclusión pública restaura no solo su cuerpo sino su lugar social. Verbos de movimiento y contacto: venir, tocar, levantarse. La fe se expresa corporalmente: “tocó” (v.43).

La salud emocional se restaura mejor en comunidad. Muchas enfermedades involucran aislamiento, estigma y pérdida de identidad. El Evangelio ofrece una comunidad que escucha, nombra, abraza y reintegra. Además, la sanidad incluye reconocimiento público y personal. De la mujer se dice que: “fue sanada” y la comunidad valida esa experiencia. Qué importante es construir redes de cuidado, de seguimiento y acompañamiento sostenido. Combatir el estigma del sufrimiento para poder ejercer una acción de restauración integral: con acompañamiento, apoyo comunitario y recurso que ayuden a provocar la sanidad; y algo importante, celebrar los pequeños como los grandes avances como señales de la obra amorosa de Dios.

Un padre que corre, una mujer que toca, el Maestro que responde con palabra y abrazo. La salud toca las fibras más íntimas de lo que significa ser humano: miedo, vergüenza, soledad, desesperanza. El Evangelio no promete atajos, pero ofrece algo más profundo: un Dios que se acerca, una comunidad que acompaña y una práctica de fe que sabe reconocer límites y pedir ayuda. Como iglesia, se nos llama a ser lugar donde la esperanza se activa, donde los límites se respetan con humildad y donde la comunión obra la restauración cotidiana.

Que el Señor, que llamó a la niña por su nombre y que tomó la mano de los quebrantados, nos enseñe a sostenernos unos a otros, a pedir ayuda cuando la necesitamos y a celebrar cada paso de restauración.

**Amén.**